

De cuántas locuras humanas han hecho responsable al verdadero progreso, que es tan suave en su marcha y tan fecundo en sus hechos! Tiempo es ya, señores, de que procuremos lavar al verdadero progreso de la mancha con que se le empaña; hora es ya de que destruyamos con la verdad que da la vida, la mentira que mata; protestemos, señores, en nombre de la verdad contra la mentira; yo por mi parte, haré cuanto pueda para que triunfe á la vista de todo el mundo.

No, señores, todas esas guerras declaradas á la autoridad, no han marcado jamas los verdaderos progresos del mundo; son mas bien las mejores señales de nuestra decadencia. Porque la revolucion religiosa contra la autoridad de la Iglesia, no puede decirse que haya sido un progreso en la religion; el protestantismo no ha perfeccionado el cristianismo, sino que lo ha adulterado; y lo ha adulterado en su dogma, en su moral, en su culto. Hé aquí los trabajos del protestantismo, sin los cuales éste no hubiera existido jamas, porque en la reforma, lo que no adultera el cristianismo no es protestante sino católico.

El racionalismo no ha sido un progreso en la filosofia, sino antes bien su decadencia; porque las verdades que ella conservaba y que se encontraban protegidas por la autoridad de la Iglesia y por el buen sentido de los pueblos, ha venido el mismo racionalismo á sacudirlas en sus cimientos; y hoy lo mismo que antes, las ataca todas sin probar ninguna. Y no puede ser de otro modo, porque todo lo que asienta como verdadero, lo ha tomado de nosotros; todo lo que proclama falso, lo ha sacado de su propio caudal

y lo defiende contra nosotros: todo lo que ha tomado del cristianismo le impide sumergirse mas y mas en su fango; todo lo que exclusivamente le pertenece, tiende á degradar el cristianismo.

La revolucion política que quiso destruir el poder de la autoridad, no puede ni debe ser considerada como un progreso. Las verdades sociales que proclamaron no fueron sino un parto prematuro de los principios que germinaban en el fondo de la sociedad cristiana. El mundo social, siguiendo el curso marcado por Dios, hubiera obtenido la perfeccion progresiva que debia alcanzar, sin pasar por esos sacudimientos terribles causados por la revolucion; esta no hizo sino desenterrar las raices del edificio social que, sacado desde entonces de su cimiento, se mueve de un lado á otro y amenaza desplomarse.

Señores, el socialismo, que despues de haber destruido cuanto forma la sociedad, quiere destruir tambien la propiedad, no es ni ha sido el progreso social. Ay de la sociedad si llegara un dia á triunfar el socialismo, porque cada paso que diera hácia su victoria seria precipitando á la verdadera civilizacion hácia la barbarie, y de allí llevaria á la sociedad al estado salvaje; el estado salvaje es el del hombre que no reconoce poder alguno, el del hombre entregado á sí mismo. Todos los famosos argumentos hechos en favor de la autocracia personal; cuanto se ha dicho en bien del hombre libre, ó sea en pro del individualismo llevado al mas alto grado de perfeccion, todo eso, señores, no puede referirse al hombre civilizado, al hombre de la sociedad, porque solo conducirian tales argumentos á hacer del hombre un en-

te salvaje. Vayan norabuena á plantear sus teorías los que quieren acabar con la autoridad social; caminen hácia donde les impulsan sus inclinaciones y conquisten á su sabor en los desiertos la tan decantada independendencia del hombre. Señores, si nuestros errores no fueran mas débiles que nuestra razon, acabariamos por volvernos salvajes; y en medio de todas las bellezas debidas á la civilizacion, veriamos ostentarse muchos rasgos de la vida verdaderamente animal.

El estado que guarda el progreso social en el siglo diez y nueve basta para probar nuestro aserto. Los rudos golpes dirigidos contra la autoridad desde hace tres siglos la han hecho retemblar sobre sus ejes, y amenazan á las sociedades modernas con horrores desconocidos hasta hoy. Sí, señores, las sociedades modernas se ven amagadas por un grave mal; ¿sabeis cuál? el odio al poder; se conspira incesantemente contra el poder establecido, y no solo se conspira contra él, sino que no se le teme. No ha faltado un sabio escritor que dijera que la sociedad moderna ha adoptado por lema esta divisa: *gozar, enriquecerse y despreciar*; hé aquí las tres pasiones que empañan nuestro presente y nublan el porvenir; y nos atrevemos á decir que la última es la que nos amenaza mas de cerca. Sí, señores, los mismos que han sabido colocarse en lo mas alto de la sociedad por sus virtudes, se ven despreciados y escarnecidos; la idea revolucionaria se ha encarnado en los hombres y les impele á conspirar incesantemente contra la autoridad; la historia no ha sabido pintarnos aún con sus vivos colores los males debidos á la idea revolucionaria,

que mina incesante á la luz pública y en los tenebrosos conciliábulos, y afila en sus misteriosos arsenales las armas con que quiere destruir la sociedad; y sin embargo, lleva descubierto el hierro con que debe herir á la autoridad en el fondo del alma, porque su hierro es el desprecio. Jamas se vió cosa semejante. Jamas inventaron los siglos una tentativa tan gigantesca en medio de los esfuerzos que se han hecho para destruir el fundamento del órden y del progreso social. El desprecio es el esfuerzo supremo que ha hecho la anarquía en su lucha contra la autoridad, el mayor que ha hecho el socialismo contra la sociedad. Cuenta la historia que Calígula deseaba que el pueblo romano no tuviera mas que una sola cabeza para cortarla de un solo tajo. Pues bien, señores, la revolucion moderna ha sido mas ambiciosa que Calígula, pues quisiera reunir en una sola cabeza todas las coronas de Europa para entronizar de un solo golpe el reinado de la anarquía.

Y lo que mas debe desconsolarnos es, que mientras ese odio á la autoridad brota del corazon de los malos armada con sus amenazas, sus fusiles y sus máquinas infernales, se ve donde quiera rodeada de ciegos cómplices que parece quieren acelerar el triunfo de la anarquía contra el órden. En las conversaciones familiares acostumbramos hablar de todo; convertimos la mas sencilla tertulia en una especie de congreso universal, donde no solo criticamos, sino que tambien insultamos á todos los gobiernos; todos tomamos parte en la conspiracion, todos nos preparamos para el ataque, ninguno para la defensa. Cuando un gobierno se halla en una posicion embarazosa, aun

cuando sea á consecuencia de haber cumplido con sus deberes, donde quiera que dirijamos la vista veremos el regocijo en los semblantes; si alguno, mas osado que los demas, se atreve á ultrajar á ese gobierno, la multitud aplaude frenética. Los ultrajes prodigados á la autoridad en los discursos y en los folletos, constituyen el talento del autor, y por todas partes oiréis gritar *¡bravo! ¡bien!*

Señores, el eco de esas conversaciones que oimos por todas partes, pues donde quiera se complacen en murmurar del gobierno, arrastrando en sus conversaciones hasta á los mas pacíficos, haciéndoles contribuir de ese modo á un mal que causa indudablemente la ruina de las naciones; cuando veo en toda Europa una multitud de letrados y escritores que se dedican á escribir y publicar mentiras y calumnias, lanzadas con audacia é hipocresía, ya para zaherir á una autoridad civil, ya para atacar á una autoridad política ó ridiculizar á una autoridad religiosa: cuando veo que el desprecio revestido con el ropaje de la literatura, sale de los talleres de la prensa para subir á las columnas del periodismo y atacar desde allí toda autoridad moral, con un encarnizamiento mas crudo á medida que es mas elevado y digno el objeto al cual dirigen sus ataques; cuando veo que en los teatros se ponen en escena dramas cuya tendencia es crear el desprecio á la autoridad, entre la multitud que aplaude frenética el ridículo con que se reviste á un personaje; cuando veo que los dramaturgos, buscando la aureola popular, halagan las pasiones de los demagogos presentando en la escena todos los vicios, en los que deberian presentar como modelos de grandeza y

de virtudes; cuando veo presentar por tipo á un magistrado, á un sacerdote y á un monarca como héroes de acciones criminales ó ridículas, con el fin de hacer recaer sobre las clases que representan ó el anatema ó la burla; cuando veo, en fin, que donde quiera que fije uno los ojos solo encuentra el genio del mal conspirando contra el orden, entonces, señores, me pregunto azorado, ¿dónde vamos á parar rodeados de esa atmósfera de desprecio que enturbia el horizonte desde hace tres siglos?

Ah, señores, nuestra sociedad camina empujada por la revolucion y arrastrada por Satanás, y no parará sino cuando llegue al abismo donde perecen las sociedades que han destruido la autoridad que las conducia á buen puerto.

Señores, no olvidemos nunca que de esto depende nuestro porvenir: tengamos presente que ante todo debemos defender el gobierno y sus autoridades; sepamos conocer que para que una sociedad prospere, debe respetar la autoridad de los padres de familia, de los maestros, de los magistrados, de los funcionarios públicos, de los sacerdotes, de los obispos, de los reyes y de los papas. Ah señores, no abogamos nosotros en favor de los déspotas; pero sí defendemos á los representantes de la autoridad, á la autoridad misma contra ataques indebidos; no queremos exigir de una nacion la obediencia de un esclavo; pero sí queremos conseguir de ella el respeto á los que la rigen. Unanse á nosotros todos los que deseen realmente el progreso social; unan su voz á la nuestra los amigos del orden y del progreso; tengan presente que el progreso social no se consigue sometiéndose indigna-

mente á los revoltosos, sino respetando dignamente las autoridades legales. Seamos grandes, señores, y no nos dejemos alucinar por los que suponen que derrocar gobiernos es progresar; comprendamos, señores, que solo respetando lo que viene de Dios podremos ser felices.

Y vosotros los que ejercéis el poder, vosotros los que habeis sido señalados por Dios para desempeñar con vuestras acciones el alto ministerio que os ha confiado; vosotros todos, depositarios de la autoridad, sea cual fuere vuestra clase; magistrados, empleados, militares, sacerdotes, reyes y pontífices, no olvidéis jamas la ley de solidaridad que une á todos los poderes y los hace á todos accesibles al mismo desprecio y al mismo respeto; daos la mano en medio de las agitaciones revolucionarias que amenazan destruir la sociedad; haced de todas las virtudes morales un escudo que salve la sociedad y conserve la civilizacion; y para que ese muro de salvacion resista los ataques mundanos, arrodillaos á los piés de Jesucristo, y respetad y adorad todos juntos su santa autoridad, que es la fuente de todo poder y del verdadero progreso del mundo.

DISCURSO SEGUNDO.

LA AUTORIDAD DE JESUCRISTO CONSIDERADA COMO FUENTE
DEL PROGRESO SOCIAL.

EMINENTISIMO SEÑOR: ¹ la basa sobre que está fundado el progreso social es la autoridad, que da estabilidad al órden y libertad al movimiento.

El órden y el progreso son la vida de las naciones; á la autoridad, pues, se deben estas tres grandes cualidades: armonía, grandeza y fuerza.

Sin embargo, mientras por una parte debemos convenir en que la autoridad es la primera condicion necesaria al progreso social, debemos confesar por otra parte que en nuestros tiempos es muy difícil ser autoridad, ó en otros términos, gobierno. Observemos todas las tendencias humanas de los tiempos modernos, y nos persuadirémos de que todas conspiran contra la estabilidad de los gobiernos. El protestantismo, el racionalismo, la demagogia y el socialismo trabajan sin cesar, uno contra la autoridad de la Iglesia, otro

¹ El cardenal Morlot, arzobispo de Paris, que se hallaba presente.